

TERRORISMO IMPERIALISTA CONTRA UN PUEBLO

Según informaciones que golpeaban sobre el ciudadano el 14 de abril "paz bajo la responsabilidad regional y mundial esta- Pero detrás de esa preparada información existieron otros datos que explicarían por qué Reagan quiere aniquilar a Kaddafi.

Casi a medianoche del lunes 14 de abril daba la impresión que la irracionalidad se había adueñado del mundo: los Estados Unidos estaban bombardeando Libia. Desde Washington decían que se trataba de una represalia por el ataque terrorista cometido en una discoteca en Berlín, donde había muerto un soldado norteamericano. Las noticias y la incertidumbre fueron creciendo durante la madrugada y la mañana del martes 15. Los cables hablaban del "dictador terrorista" y Gorbachev llamaba a Reagan un "geronte demente". Parecía que la paz regional y mundial estaban bajo la responsabilidad de dos locos.

La información y los apelativos llevan una denotación fraudulenta. Ya tenemos muestras que la administración Reagan estaba montando desde hacía meses una campaña para descalificar a Muammar Kaddafi y atacarlo con algún grado de consenso e impunidad. El presidente de los Estados Unidos había tomado varias medidas escalonadas y graves: la salida de los ciudadanos norteamericanos de Libia, la congelación de los depósitos de monedas y valores libios en los bancos estadounidenses, el embargo comercial, la violación del espacio aéreo libio en misiones de reconocimiento y amedrentamiento y —ya en marzo— la acción de la Flota en el Mediterráneo sobre el Golfo de Sidra, dentro de lo que Libia reclama como aguas territoriales, que habría de provocar enfrentamientos armados y la muerte de unos 150 libios.

El bombardeo de Trípoli y Bengazi

no puede interpretarse más que como un paso premeditado de cierta racionalidad política que busca deshacerse de Kaddafi y de la revolución libia.

¿Qué peligros representa para Estados Unidos esta nación de unos 3.500.000 habitantes? ¿Quién es Muammar Kaddafi? Nos parece que Libia es un símbolo de la revolución popular islámica que va creciendo en el Oriente Medio y en África, y que su líder político es interlocutor válido para los movimientos revolucionarios de la región.

Libia, que se descoloniza en 1951 y se constituye en monarquía bajo Idris I era —hasta la revolución de 1969— un país organizado en torno al poderío financiero de varias familias turco-libias, la tutela de las bases militares de Estados Unidos y Gran Bretaña y el producto que podían dejarle las grandes empresas transnacionales extractoras de petróleo.

Por su parte, el joven nacionalista Muammar al-Kaddafi —hijo de unos beduinos nómades— se erige como dirigente de la Unión de Oficiales Libres, con la que derrocará la monarquía en setiembre de 1969 para crear la República primero y, en 1977 el Estado de masas (Yamahiriya) **Arabe, Popular y Socialista**.

La revolución habría de lograr el desmantelamiento de las bases militares anglo-norteamericanas y luego nacionalizaría las transnacionales petroleras, con lo cual pasaría a ocupar un papel fundamental dentro de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Consientes de la precariedad del petróleo, en tanto recurso natural no renovable, Libia procuraría lograr dentro de la OPEP una política que redujera la producción y permitiera defender los precios. Los ingresos así logrados permitirían que la revolución Libia se dedique a la rápida industrialización del país, la producción de alimentos, la educación de las mayorías, la extensión de los servicios de salud a todas las poblaciones, la reforma urbana bajo el principio "la casa es de quien la habita" y —con ello— una pronta elevación en el nivel me-

dio de vida de la población.

El modelo político que asumiría Libia bajo la conducción de Kaddafi es el de una democracia directa (a la manera de Argelia y Panamá durante la época torrijista) que permitiría la participación popular en los Congresos Populares Básicos, y en el Congreso General del Pueblo. Esta organización habría de terminar con la puja de los partidos y propiciaría el acuerdo general sobre las prioridades comunes que el Estado debe atender.

Una vez afianzado el modelo, Kaddafi iba a dejar sus cargos en la administración del gobierno, para dedicarse a las tareas de conducción política e ideológica de la revolución. Cuando el 14 de abril Reagan decide atacar a Libia se celebraban dos reuniones importantísimas. Una ocurriría en Teherán, donde iban a sesionar los cancilleres de Irán, Siria y Libia, las tres naciones que lideran la revolución islámica.

Otra en Argelia, donde representantes de los tres países mencionados se unían a colegas argelinos para acordar una política común de producción y precios del petróleo dentro de la OPEP. Como argumentaba un diplomático conocido, el bombardeo pretendía amedrentar a los dirigentes y a los ciudadanos de los países involucrados. Las bombas arrojadas sobre Trípoli y Bengazi respondían a una fría racionalidad política que buscaba —una vez más— detener con la guerra y el asesinato político la larga marcha de liberación de los pueblos.

El repudio mundial al ataque norteamericano nos reconforta por el grado de conciencia política y solidaridad entre los pueblos, que no pudieron ser engañados por las estereotipadas noticias transmitidas por las agencias transnacionales. Esto no es una cosa de locos, es el ataque de un imperio que se ha volcado al terrorismo de estado contra una pequeña nación que protagoniza su propio proceso revolucionario.

Dr. Hugo O. Ortega.

Prensa Ecuémica- Buenos Aires.